

SIGMUND y ANNA
FREUD

Correspondencia
1904 - 1938



PAIDÓS

Sigmund Freud
Anna Freud

Correspondencia 1904-1938

Edición

Ingeborg Meyer-Palmedo

Traducción

Martina Fernández Polcuch

Silvia Villegas

1. Historia del Psicoanálisis. I. Freud, Anna II. Título

CDD 150.195

Título original: Briefwechsel 1904-1938

Publicado originalmente en alemán por S. Fischer, Fráncfort del Meno

Diseño de cubierta: Gustavo Macri

Se agradece a la Literary Heritage Foundation, K. R. Eissler, Nueva York, por la financiación parcial de la transcripción; a la Sigmund-Freud-Stiftung [Fundación Sigmund Freud], Fráncfort del Meno, por hacer posible una estadía de investigación en los EE. UU.; y a la S. Fischer Stiftung [Fundación S. Fischer].

Por las cartas de Sigmund Freud:

© 2006, A. W. Freud et al., by arrangement with Paterson Marsh Ltd. and Sigmund Freud Copyrights

Por las cartas de Anna Freud:

© 2006, The Estate of Anna Freud

Por citas del material inédito del Freud Archiv, Library of Congress, Washington, y Freud Museum Londres:

© 2006, by arrangement with Paterson Marsch Ltd. and Sigmund Freud Copyrights

Por el material de la Otto Rank Collection:

© 2006, Rare Books and Manuscripts, The Butler Library, Columbia University, Nueva York

Por citas de cartas inéditas de Lou Andreas-Salomé a Sigmund Freud:

© Dorothee Pfeiffer, Gotinga

Por el aparato editorial:

© Ingeborg Meyer-Palmedo, Murnau

© Freud Museum London (por la imagen de tapa)

© 2006, S. Fischer Verlag GmbH [Editorial S. Fischer SRL], Fráncfort del Meno

© 2014, Marina Fernández Polcuch y Silvia Villegas (por la traducción)

Todos los derechos reservados

© 2014, de todas las ediciones en castellano:

Editorial Paidós SAICF

Publicado bajo su sello PAIDÓS®

Independencia 1682/1686,

Buenos Aires – Argentina
E-mail: difusion@areapaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: diciembre de 2014

ISBN edición digital (ePub): 978-950-12-0176-5

SIGMUND FREUD	
Freiberg (Přibor), Moravia 6 de mayo de 1856	Londres 23 de septiembre de 1939
ANNA FREUD	
Viena 3 de diciembre de 1895	Londres 9 de octubre de 1982

Introducción

La presente correspondencia es la primera publicación de un intercambio epistolar entre Freud y uno de sus seis hijos: Anna, su hija menor. Las vidas de ambos corresponsales son ampliamente conocidas gracias a una serie de obras de autores especializados, de modo que no es necesario repetir aquí detalles biográficos. En muchas de estas presentaciones, las cartas de Freud y Anna ya se han utilizado y citado también en menor o mayor extensión. Sin embargo, siempre se reprodujeron fragmentos aislados y al servicio de los objetivos, las finalidades y las problemáticas de los respectivos autores. Ahora, leyendo esta correspondencia en su continuidad, se ofrecen puntos de vista y aspectos inesperados que –si bien hasta el momento no pasaban completamente desapercibidos– solo se presentan con peso propio en la sucesión de los textos. Para no anticiparse al placer del lector por el descubrimiento, no ilustraremos aquí más que algunos de ellos.

Así, por ejemplo, sale a la luz la alta relevancia atribuida a la “naturaleza”, y no solo en la vida de Freud, sino también para los demás miembros de la familia, a los que el “hambre de aire y de luz” (1) impulsaba a abandonar la asfíxia en el oscuro mar de casas de la ciudad para salir al campo, al “delicioso silencio”, al “magnífico bosque de abetos”, a “caminatas asombrosas”, al “bienestar que se constituye a partir de todos estos elementos”.(2) Del mismo modo, también se seleccionaban con meses de anticipación los lugares apropiados para veranear:(3) “tú sabes que lo que ambos necesitamos es bosque agradable y variado

donde crezca a veces una seta".(4) Incluso la vestimenta se adaptaba a la sensación de vacaciones. Anna asociaba a la "naturaleza" la nostalgia por una "vida simple", (5) un sentimiento de libertad y desenvoltura con trabajo físico en el campo, (6) a modo de símbolo de emoción, "fuerzas exuberantes", "sentir la vida".(7) También su "sueño de la casa propia", con jardín y trabajo en el jardín –estar cerca del suelo– formaba parte de esto.(8) Pero, a la vez, la naturaleza era también lugar de refugio, a modo de retiro hacia el descanso necesario en tranquilidad y soledad, con la posibilidad de realizar trabajo intelectual sin estorbos, como unión del ser físico y el cognitivo. Las vacaciones en la "naturaleza abierta", además, también funcionaban como encuentros familiares bienvenidos, con amigos y visitas.(9)

Martin, el hijo mayor de Freud, dio cuenta de muchas de esas vivencias de la naturaleza en su libro *Sigmund Freud: mi padre*, pero son recuerdos redactados en retrospectiva. En la presente correspondencia, escrita a la par de los acontecimientos, se nos vuelven presente, a modo de testimonios del primer instante espontáneo, auténtico, y así, tanto más vívidos. Como la mayor parte de las cartas fue escrita desde localidades vacacionales o en referencia a estas, el estrecho vínculo con la naturaleza se muestra precisamente aquí con una densidad particular. Freud y Anna mencionan sus impresiones una y otra vez en relatos, ya sean detallados, ya sea al pasar, o a modo de palabras aisladas en un telegrama. Si ahora también visitamos estas regiones con los escritos mismos o con los comentarios (10) y así nos identificamos con las situaciones –casi como si las "recorriéramos"–, el significado profundo del "íntimo contacto con la naturaleza"(11) se vuelve perceptible; comprendemos que –por más que responda en parte al espíritu de la época de la "conquista del paisaje"(12) de cuño turístico– no es mero agregado superficial en el sentido de una "estetización de la naturaleza", sino que efectivamente

constituía un trozo de elemento vital irrenunciable del que se alimentaban las fuerzas productivas.

También a través de la correspondencia completa nos encontramos con vínculos entre los miembros de la familia, amigos, conocidos, colegas, colaboradores, alumnos y pacientes; tenemos la oportunidad de echar un vistazo a coincidencias y cruces que los relacionaban entre sí de múltiples maneras y que ya fueron rastreados de forma diversa por la literatura especializada en otros contextos.⁽¹³⁾ Este tipo de solapamiento es característico de la vida social, donde las esferas profesional, educativa y privada se infiltran de manera natural una a otra de diversos modos, insertas en el respectivo entorno sociocultural. En el caso del psicoanálisis, con la exigencia ahora fundamental de estricta separación entre profesión y proximidad personal, hoy es probable que nos resulte extraño que tales vínculos hayan sido desatendidos, aparentemente sin preocupación. Pero no perdamos de vista que, en los inicios, el análisis por lejos no estaba en boca de todos como hoy; que muchos más pacientes, incluso hasta fines de la Primera Guerra Mundial, por lo general accedían a un tratamiento por recomendación de amigos o conocidos que habían escuchado al respecto o lo habían experimentado ellos mismos. Y estos círculos sociales pertenecían, lógicamente, a aquellos con los que también se mantenía un trato privado.⁽¹⁴⁾ Más aún: ¿acaso el psicoanálisis, por su propio método asociativo, no está especialmente predestinado para establecer vinculaciones, del tipo que fueran? ¿No genera, gracias a su modo de pensar analítico-comprensivo, precisamente una extrema receptividad y clarividencia para estas cuestiones? Además, tampoco olvidemos que, después de la introducción del psicoanálisis, fue necesario un proceso de experiencia doloroso, que duró muchos años, incluso décadas, antes de que de a poco se lograra reconocer el peso de la transferencia y sus efectos en todo su alcance; es de-

cir, conceptualizarla en lo teórico y también tenerla en cuenta de manera apropiada en la técnica terapéutica.(15)

En este contexto, por otro lado, es inesperado y sorprendente comprobar con qué disposición tanto Freud como Anna supieron aceptar las personalidades de sus congéneres, aunque no respondieran a sus propias representaciones. Como es sabido, Freud es criticado –y no siempre injustamente– por la rudeza, la frialdad y hasta la brutalidad inusual con que ocasionalmente rechazaba a personas cuando no le caían bien; incluso se apartaba desilusionado de amigos estrechos cuando no quería acompañarlos en la prosecución de sus ideas y temía que perdieran de vista el núcleo del psicoanálisis (16) (ni siquiera Anna se salvó de un reproche una que otra vez por el desdeñoso rechazo hacia otros). Ahora bien, el intercambio epistolar entre ellos contiene múltiples ejemplos de lo contrario: aquí ambos más bien tienden a comprender y reconocer a los otros en sus singularidades, incluso a valorarlos. En cambio, se encuentran con menor frecuencia expresiones despreciativas, o que dentro del contexto referido anteriormente suenan moderadas, tanto en el caso de amigos o conocidos como en el de los propios parientes.(17)

Esto llama más la atención cuando uno busca señales que pudieran echar luz sobre la relación de Anna con su madre, que varios especialistas describen como precaria. (18) Anna escribe regularmente cartas a Martha Freud, pasa vacaciones con ella, la acompaña en sus viajes, mientras se ocupa de ella e informa al padre fielmente sobre su estado de salud.(19) Que lo hiciera meramente por atenerse a las reglas tácitas de delicadeza en el trato que imperaban en la familia Freud o por respeto a la irrevocabilidad de hecho de la comunidad conyugal, con la sola intención de proteger al padre amado..., sea por la razón que fuera, si solo se conocieran estas cartas, de ninguna manera se podría desprender de estas una relación particularmente tensa entre

madre e hija; a no ser que se llegara a esa conclusión solamente por lo mucho que se recalca el amor al padre.

El hecho de que Anna desde su nacimiento viviera de manera ininterrumpida en la casa paterna y de que por ese motivo, más allá de la correspondencia, mantuviera todo el tiempo una comunicación oral directa con su padre es algo que se refleja claramente en el lenguaje del intercambio epistolar que cultivaban entre ambos. Por tramos uno cree percibir un pequeño acuerdo oculto, una particular confianza entre ellos, impregnada de una forma propia de humor fino y circunspecto.⁽²⁰⁾ Hay mucho que, por supuesto, se encuentra tácito entre líneas, porque se presupone sin cuestionamiento, puede no requerir ni siquiera una alusión. Solo resuena en el tono; sí, el tono: abierto, libre, desenvuelto, sin reservas, de una honestidad que en ocasiones toma rasgos groseros en las cartas de Freud; pero Anna no reacciona ofendida: al contrario, abordando la cuestión, aprovecha las expresiones para aclararlas y muestra en esto un admirable arte de firmeza no lacerante.⁽²¹⁾

En lo que respecta a la cantidad de cartas intercambiadas, está determinada por la convivencia familiar, de modo que el intercambio escrito solo se daba cuando al menos uno de los protagonistas se encontraba fuera de casa: de viaje, de vacaciones, en el hospital, en jornadas o por otros motivos. Entre unas y otras siempre vuelve a haber grandes pausas. Ante la existencia de tantas lagunas uno tiende a pensar que no obtendrá una imagen coherente de la relación padre-hija. Tanto más sorprendente es que de todas maneras se cristalicen tópicos que adquieren contornos claros más allá de todas las interrupciones. A modo de ejemplo, hay tres líneas sobre las que dirigir nuestra atención: las vetas "Freud" y "Anna" que se unen con la cuerda "psicoanálisis" formando una suerte de "triple hélice". Los hilos se unen, se bifurcan, se separan, para volver a encontrarse y entrelazarse cada vez más. Freud mismo lo tematizó en un saludo de cumpleaños a Anna: "Ahora veo en ti lo viejo

que soy, porque tienes la misma edad que el psicoanálisis. Ambos me han causado preocupaciones, pero en el fondo espero de ti más alegrías que de él".(22) Así pone en palabras un singular entrelazado de relaciones cuyo devenir y mutar puede rastrearse en las cartas:

Cuando se inicia la correspondencia, Freud tiene 48 años. El apasionamiento de sus años mozos se ha encaminado hacia un grado más moderado; reina la impresión de que ya está medianamente acomodado en el mundo, que ha encontrado en esencia su modo de encarar los asuntos. En términos profesionales, en cierta medida asentado y sólido, da una impresión serena y equilibrada, como una suerte de cable a tierra. A primera vista, transmite así la imagen de una figura erigida sobre un zócalo firme, por así decirlo, irrevocable.

Todo lo contrario es el caso de Anna: una criatura que con sus 8 años y medio ya está alfabetizada, pero por lo demás aún "indómita", en proceso de formación; que con todo su dinamismo juvenil en un desarrollo dramático, sacudido por crisis, se muestra infeliz, demandante y enfadada, luchando consigo en períodos que alternan entre duda, búsqueda y experimento. Nos resulta posible acompañarla durante una parte de este trayecto y, después, también presenciar su paulatino e inesperado ingreso al mundo del psicoanálisis; vemos que, primero titubeante pero a la vez con ansias de saber, avanza a tientas por "caminos y desvíos", y finalmente, pisando más firme paso a paso, se va apropiando de todas las áreas hasta convertirse en una "analista experimentada, paciente y afable".(23)

Al principio solo habla la voz de la generación de los padres: papá, mamá, la tía. Las cartas de Anna de los años 1904 hasta 1909 son mencionadas por el padre, pero no parece haberlas conservado: ¿quizás por considerarlas demasiado inocentes? Sin embargo, la primera carta de Anna que se conserva (6. AF) –ahora tiene 14 años y medio– nos asalta, nada inocente, inmediatamente con la plétora de

preocupaciones y problemas que evidentemente ya la atormentaba hacía tiempo (24) y, como se mostrará, también la rondaría durante años, antes de que por fin estuviera en condiciones de aludir a esa época, en retrospectiva, en forma risueña y con ironía sobre sí misma.(25)

Es probable que el componente o la expresión de sus dolores en el plano orgánico fuera la operación de apéndice de marzo de 1908, que requirió una recuperación muy lenta.(26) Sin embargo, no es esto lo que ocupa el lugar central de su carta; lo que se impone primero –como en casi todas sus misivas– es el gran apego al padre, la añoranza de él y la prematura preocupación por su bienestar; también un temprano interés concreto por su trabajo, por el círculo de sus colaboradores. En la misma carta, sin embargo, Anna no solo clama por el amor del padre. También lucha por que se le reconozca un lugar equivalente al de los hermanos. Por ser la más joven de los seis hijos de Freud, la que al comienzo todavía no podía estar a la altura de los demás, había sufrido la experiencia de ser excluida de los grandes, de no resultar para ellos más que una carga, y como consecuencia, frecuentemente había tenido la sensación de aburrimiento y abandono.(27) Intentó revertir la falta de atención de los demás con “travesuras”, osadía, coraje y “siendo diferente”. Pero aún años después, durante una estadía en Inglaterra, puso en duda su lugar y el respeto de su familia; no creía que su presencia o ausencia pudiera afectar a los hermanos: “Creo que la diferencia solo la percibiría yo”.(28)

Su deseo de participar con los demás lo expresó en las siguientes palabras: “Yo también quiero viajar sola contigo alguna vez, como lo hacen ahora Ernst y Oli”,(29) y al poco tiempo refuerza la intensidad de su deseo con cuatro signos de exclamación en los que se condensa todo el lamento infantil.(30) En una carta a Ernst Jones, décadas después, Anna comentó: “Recuerdo que [Freud] me escribió [en 1904] una postal desde Atenas que sigo viendo como si la

tuviera frente a mí, pero que muy a mi pesar no logro encontrar [parece no haber aparecido hasta hoy]. Mostraba a una muchachita en traje de baño que conduce un pequeño bote a vela por el agua azul, y debajo estaba escrito '¡También quiero ir a Atenas!', una alusión a mis numerosos deseos de entonces".(31) Antes, incluso, en una carta a Max Eitingon, describió el "también quiero" como un reclamo indefinido de "también querer" o en general "querer algo", un "querer tener algo" que catalogaba de "dependencia".(32)

Con la formulación "también quiero", Anna se introduce sin rodeos en una temática que dominará las siguientes cartas (hasta 32. AF): sus fuertes deseos están vinculados con sentimientos de infelicidad, insatisfacción, de la propia insuficiencia;(33) en ese estado –al que ella solo se refiere como "eso"– decía que se preocupaba sin motivo alguno, andaba desganada, insatisfecha, tenía fuertes dolores de espalda y estaba "cansada", "tonta", en resumidas palabras, "no razonable"; se halla atrapada en una red de efectos que se retroalimentan. Freud la describe como "un poco excéntrica", (34) y considera que por su "apasionada desmesura" en todas las ocupaciones se ve impedida de disfrutar con alegría, que su desmedida ambición la aleja de su propia naturaleza.(35) Entonces, tanto más desesperadamente Anna intenta combatir su "estado", estar o ponerse sana, "razonable". En repetidas ocasiones le pide ayuda al padre.(36)

Freud reaccionaba de manera ambigua. Por un lado, adoraba la vitalidad intelectual de Anna, su rebeldía, su "modo de ser diferente". Su dictamen: "Ser bueno desde el principio es aburrido", (37) lo que también se manifestaba en el apodo "demonio negro" con el que demostraba su complacencia a Anna.(38) Por otro lado, veía que sufría por su desgano indefinido, que perdía peso y dañaba fuertemente su salud. Tenía esperanzas de que una estadía prolongada en Italia (que luego debió ser cambiada a Merano)

trajera una mejora.(39) El objetivo era que Anna aprendiera a acostumbrarse "al ocio", a "[v]ivir un poco más al día" y "a tomar [...] menos en serio" sus proyectos.(40)

Efectivamente se recuperó "espléndidamente" y se desarrolló "de maravillas"(41) después de que... padre e hija realizaran juntos un viaje de Pascua de varios días a Verona y Venecia, a modo de cierre del tratamiento en Merano (viaje por el cual Freud incluso había cancelado la visita que tenía planeada a casa de su hija Sophie, quien acababa de casarse) (42) y después de que en las vacaciones de verano siguientes pasaran junto con su madre y su tía unas semanas en Marienbad.(43) Desde la segunda mitad de 1913, sus cartas emanan un clima de mayor levedad. Anna, una joven muchacha, inteligente y vivaz, de intereses múltiples, puede disfrutar sus vivencias de vacaciones con amigas y familia después de meses de esmerado trabajo. Por más que algunos de los problemas aún perduren, transcurren por vías más serenas, y ella ya no se encuentra tan a su merced. El viaje a Inglaterra en 1914, las misiones de guerra de Anna en una guardería y en el American Joint Distribution Committee.(44) y, finalmente, las exigencias que le impone la docencia aportan lo suyo para que la salud de Anna termine de mejorar. En 1918, después de un verano en el campo que respondió a sus preferencias, informará: "Ahora tengo una serie de días razonables; una sensación totalmente desacostumbrada". Y en el verano de 1919, en Bayerisch Gmain, incluso aprendió a holgazanear.(45)

Pero todavía no ha llegado ese momento. ¿Qué había esperado Freud de su hija después de su regreso de Merano? Le hace saber: "Nos daremos cuenta del cambio cuando notemos que no eludes ascéticamente los entretenimientos propios de tu edad sino que también quieres lo que les da placer a otras muchachas".(46) Es decir que deseaba que ella respondiera todo lo posible a la imagen dominante de niña o mujer, tal como ya la encarnaban sus hermanas.(47)

Por ese motivo, también esperaba que no se ocupara ahora de su futuro profesional y que demorara un tiempo más su propósito de estudiar para maestra.(48) Es cierto que hubiera preferido por mucho, tal como confesó una vez ante Sándor Ferenczi, que la rechazaran (49) ("por su voz poco apta para el canto"); y, cuando Anna después de algunos años evaluó la posibilidad de volver a dejar su actividad docente, él apoyó con gran disposición esta idea.(50) Pero dentro de todo adhirió en primer lugar con una tarjeta de felicitaciones por su examen de magisterio,(51) y le admitió: "Has resultado diferente de Math y Soph, tienes más intereses intelectuales y es probable que no te des por satisfecha con una actividad puramente femenina. Sin duda tus inclinaciones se expresarán también en tu elección de una pareja", no sin volver a restringir el alcance de sus afirmaciones de inmediato: "pero en general aún te queda por descubrir que tus hermanas han tomado el camino correcto".(52)

La correspondencia solo brinda información indirecta acerca de esfuerzos más enérgicos de Freud por incentivarla a casarse y formar una familia, por ejemplo en una carta dirigida a Hamburgo, donde Anna, después de la muerte de su hermana Sophie, administró temporalmente la casa de su cuñado Max Halberstadt y desarrolló cualidades maternas al cuidar de sus pequeños sobrinos huérfanos de madre:(53) "Espero que te adaptes a tu vida en este entorno tan bien como en el anterior",(54) es decir, el psicoanálisis, del que se venía ocupando más intensamente. Y sin embargo, por otro lado la previene de potenciales pretendientes, por ejemplo, Jones y Lampl.(55) A Lou Andreas-Salomé, que goza de su confianza más íntima, le confía su dilema: "A veces le deseo que encuentre cuanto antes un hombre bueno, y a veces tiemblo ante la pérdida".(56) Esta oscilación se refleja en el sobre de una carta que probablemente contuviera un regalo de cumpleaños. Lleva la leyen-